



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO

FOR

Luis Taboada

EL 15 DE MAYO

FOR

Eduardo Bustillo.

LA MARAVILLA DE LA PRADERA

FOR

Juan Pérez Zúñiga

EL DÍA DEL SANTO

FOR

José López Silva.

EL CURA DE VERICUETO

(Continuación.)

FOR

Clarín.

TERRENO VEDADO

FOR

Sinesio Delgado

LOS BORREGOS

FOR

José Estremera.

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

RECUERDO TRISTE

FOR

Mecachís.

LA FLOR Y EL GUSANO

EL DÍA DEL SANTO

(dos viñetas)

EL CURA DE VERICUETO

(cinco viñetas)

ACTUALIDADES

(cuatro viñetas)

FOR

Cilla

LOS BARRIOS BAJOS

FOR

Mecachís.

Recuerdo triste.



—Cómo se ha de figurar este brigadier que me acaba de comprar *El Herald* que hace treinta años galopaba por la Castellana detrás de mi coche!



DE TODO UN POCO

¡Gracias á Dios que tenemos algo que nos distraiga! Las discusiones del Congreso comenzaban á aburrirnos, y ya no encontráhamos en los periódicos nada que nos conmoviera, cuando de pronto vino á sorprendernos la noticia del tan reputado juicio oral en que figuran el *Chato* y su apreciable familia.

¶ Dios se lo pague á los periódicos; merced á ellos recibimos cuanto informes podíamos necesitar acerca de la salud del *Chato*, que es buena, á Dios gracias. Según un corresponsal, el *Chato* es persona de clara inteligencia y pie pequeño. Hombre nervioso é imprevisible, suele padecer accidentes que le privan de la razón; pero cuando la recobra decurre con excelente criterio y se come dos cocidos, un chorizo, una tortilla y otras frioleras, de una sola sentada. Después de comer se echa á descansar, y ya le tienen ustedes como un reloj hasta la tarde, en que volvería á comerse otros dos cocidos, etc., si hubiese quien se los pagara.

Conviene mucho que de cuando en cuando haya juicios orales, porque siempre proporcionan distracciones nuevas. Lo único que sentimos las personas aficionadas es que este juicio se haya celebrado en secreto; de haber sido público, á estas horas estaríamos en El Escorial muchos cientos de personas finas para enterarnos de todos los detalles referentes á la vida íntima de las hermanas del *Chato*.

¿Á cuál de ellas amaba *Bicávara*? ¿Cómo logró su amor? ¿Dónde se veían? ¿Cuándo? ¿Cómo? Todas estas preguntas y otras del mismo género producirían en el ánimo del espectador deleite sin igual; pero hay que conformarse con lo que quiera decirnos la prensa, y sabe Dios las cosas sabrosas que ésta se habrá callado.

Los que aman la paz del alma y huyen de las impresiones fuertes, oyen hablar del crimen y cierran la puerta con cerrojo. Conozco una señora viuda de un fiscal, que vive en constante zozobra, creyendo ver un bandido en cada transeunte y un salteador en cada persona que entra en su domicilio.

Llama el agudador, la fiscal le sale al paso y le registra los bolsillos.

—¿Qué trae usted aquí, Jacobo?—pregunta asustada.—¿Es un puñal?

—No, señora; es un flautín.

—¿Para qué?

—Para tocarle el domingo en la Virgen del Puerto con varios paisanos.

—Corriente. Deje usted el agua y Dios aleje de ese cerebro toda idea criminal.

El agudador, que es un ángel de bondad, anda diciendo por ahí que la señora está loca y no le falta razón.

Hay sucesos que trastornan hasta un punto inconcebible, y muchos que eran valientes hasta hace poco viven ahora sobresaltados, mirando debajo de las camas por si se les ha metido algún *Chato*.

La otra noche, Pepito Calvín, que es un honrado vecino de la calle de Quiñones, comenzó á gritar desde el balcón en demanda de socorro. Subió el sereno y dos guardias y un sacerdote que venía de jugar al tute en una casa decente, y todos acudieron en auxilio del infeliz, que había visto debajo de la cama un bulto informe y sospechoso.

—Salga usted—dijo uno de los guardias dirigiéndose al bulto.

—¡Date ó te mató!—gritó el presbítero amenazándole con la teja para amedrentar al supuesto bandido.

Pero ¡oh asombro! el bulto no era bulto; era la mamá política de Pepito, que tiene la costumbre de meterse debajo de la cama para ver si sorprende los secretos del esposo de su hija, á quien supone en relaciones amorosas con la criada.

Los guardias se querían llevar presa á aquella señora, y Pepito,

para salvar el honor de la familia, tuvo que interceder en su favor, asegurando que su suegra era sonámbula inocente, y que unas noches dormía debajo de las camas y otras en la carbonera, junto al galápagos.

Puede decirse que la humanidad no tiene momento tranquilo.

Además del crimen de El Escorial se sabe que el anarquismo se agita, y aun hace pocas noches que estuvieron conferenciando nuestras autoridades sobre ciertos trabajos que realizan en la sombra los enemigos de la sociedad.

—¿Qué hay de eso?—preguntaba el ministro con voz cavernosa

—Baje usted más la voz—contestaba uno de la policía.

—¿Más?—replicaba el ministro tapándose la boca con una salbadera.

—No me fio de nadie. Las paredes oyen... Se dice que uno de estos días estallarán siete bombas.

—¿Dónde?

—No se sabe.

—Hay que saberlo.

—Ya se sabrá.

—Prenda usted gente.

—Se prenderá.

—Estamos hablando en verso.

—No importa. La cuestión es oír.

Esto no fué muy del agrado del ministro, que es hombre delicado, y quiso terminar la conferencia; pero de todas suertes el plan de los perturbadores del orden ha abortado, según noticias.

Los que no abortan son los ladrones públicos, que siguen *atrancando* á los transeuntes para quitarles el dinero y el reloj y todo lo demás que se tercié.

Otros ladrones menos aficionados á la exhibición personal practican escalas á fin de introducirse modestamente por las alcantarillas.

El día menos pensado va uno á coger las babuchas y se encuentra con un nido de ladrones debajo de la cama.

—¿Por dónde han entrado ustedes?—les preguntaremos.

—Por abajo—contestarán llenos de modestia;—tenemos aspiraciones muy humildes.

La noticia de los trabajos subterráneos ha inspirado la siguiente pregunta á una solterona, que ha perdido las esperanzas de casarse:

—¿Sabe usted si eso del escaló es una medida general? Porque yo quisiera que me escalasen.

Luis Calçada.

*

EL 15 DE MAYO

«San Isidro del alma,
Patrón bendito
de la famosa villa
donde he nacido:
de tu aureola
dame un rayo que brille
para mi gloria.»
Así canté yo un día
de San Isidro,
cuando, ya adolescente,
aún era un niño,
y, en mis cantares,
un eco de la santa
voz de mi madre.
Recé en la blanca ermita
que tiene el Santo
en la tierra que un tiempo
surgió su arado.
Bebí del agua
que en la fe viva y pura
cobró su fama.
Gocé ante el cuadro alegre
de la Pradera,
con sus bailes graciosos
y sus meriendas,
mientras al pueblo
embobaba con coplas
Perico, el ciego.

¿Dónde de aquel Perico
fué la guitarra?
En eterno silencio
rota descansa.
Ya con sus notas
no acompaña al donaire
de las manolas.
Ya no hay bailes alegres
ni merenderos:
los Pericos que hoy cantan
ya no son ciegos:
sus coplas suenan
turbando la paz dulce
de la inocencia.
La campana en la ermita,
toca que toca,
despierta de mi infancia
santas memorias;
y lloro y siento
que es mi alma la tumba
de cuanto ha muerto.
¡Adiós, fe y esperanzas,
sueños benditos
que acaricié en la ermita
de San Isidro!
Erais los rayos
dulces de la aureola
que vi en el Santol...

Eduardo Bustillo.

*

La flor y el gusano.



— ¿Esto es para mí? ¿para mí solito?

— Sí, hombre, sí; ¿pues para quién iba á ser eso más que para mi Felicianín de mi vida?

LA MARAVILLA DE LA PRADERA

(RECUERDO DEL AÑO PASADO)

Penetramos en una barraca
guarnecida de extraños adornos,
y un negrito vestido de turco
nos dijo allí dentro con trágico tono:

«Atención, que el fenómeno vivo
que os presento es notable y curioso.
No habréis visto ningún ser humano
llevar tres cabezas encima del tronco.

Ved las uñas que tiene en la espalda;
ved un pie que le brota del hombro;
ved la pierna del lado contrario,
que tiene una boca con muelas y todo.

Desde niño este ser espantable
es idiota, y es mudo y es sordo;
y hoy aquí le tenéis que ni come,
ni bebe, ni chupa, ni besa tampoco.

Vió la luz en la costa africana
del Perú, más allá de Logroño,
y á su madre también la exhibían
por todas las ferias en clase de monstruo.

No tenía ni piernas, ni brazos,
ni cabeza, ni entrañas, ni lomo,
ni costillas, ni nariz; solamente
gastaba la pobre seis dedos y un ojo.

Y es lo más admirable del caso
que valiendo la madre tan poco
fuera el padre anditor de la Rota,
sujeto ilustrado, robusto y hermoso.

Ved ahora los múltiples gestos
que hace el pobre infeliz con el rostro,
mientras alza la mano derecha

y estúpidamente se rasca los otros.

¿No sabéis lo que es eso? Que el pobre
se ha prendado lo mismo que un bobo
de una de estas muchachas presentes,
pues á enamorado le ganan muy pocos.

Conque ya habéis podido enteraros
del fenómeno que hay más curioso.
Vedle á prisa, que el pobre se cansa
y en cuanto se cansa se esconde muy pronto.»

Esto dijo el negrito; en seguida
le atizó un regular soplamocos,
y el fenómeno aquel más que á paso
marchóse de allí por la puerta del foro.

«¡Admirable!» —exclamaron algunos,
asombrados de ver en el monstruo
tres cabezas, cuando hay tantos hombres
que tienen la suya perdida del todo.

Y dejando al negrito nos fuimos
á la ermita del santo patrono
y á comer sas rosquillas, que ponen
el vientre lo mismo que el parche de un bombo.

Ya de noche, un señor que ostentaba
la cabeza mayor de aquel monstruo
y á su lado llevaba al negrito,
muy cerca del puente pasó ante nosotros.

Me fijé en aquel hombre y le dije:
— Me parece que á usted le conozco.
¿No era usted el invierno pasado
maestro de escuela de Valdecalostros?

Y él me dijo:— ¡Señor, no lo digal
Como aquello me daba tan poco,
me he metido á fenómeno y vivo
mejor que en la escuela, timando á los tontos.

Juan Pérez Zúñiga.



—Vamos, ¿bajas ó no bajas?
—Mira, chico, la verdad, mi palabra que lo siento, pero no puedo bajar.
—¡Puede mentira que un hombre que está en la flor de su edad y que vive en el Portillo de Gilimón, además, se quede sin ir al Santo y no baje á merendar á la pradera en un día como éste, *máxime más* siendo madrileño, *¡añ!*
—Y luego por qué? Por *na*.
—Es que te duele algún órgano por una casualidad?
—No, Basiliso.

—¿Es que tienes que *dir á* mangonear al fielato *pa* que suba la renta *municipal*, colando algunas corambres de *incubunio*?
—No.

—¿Es que vas á figurarte que *diendo* con nosotros *te se van á caer* las *chabreteras* ó alguna cruz *laureá*?
—Tampoco. Es que está de cuerpo presente la Soledad, la planchadora, y no quiero dejarla *desampará* *pa* que luego los del barrio *prencipien á* murmurar.
—¡Viva la gracia! ¿Y á ti qué *te se importa*?
—*Véiay*.

—¿Es que te ha *dao* ella el ser?
—Tenía muy poca edad.
—¿Era tu hermana ó tu prima por un por si acaso, *Isaac*?
—Menos.

—¿*Sus* tocabais algo?
—No nos tocábamos *na*, pero era mujer legítima de Manolo, *el Federal*, y la mujer de un amigo

cuasi lo es propia.

—Se dan casos, pero eso depende del grado de *entimidad* que *haiga* entre los dos amigos.
—Y luego, como además estaban *desapartaos* desde hace una *temporá*, y él había hecho con otra su *paulo* bilateral (porque *pa* eso está *afiliao* al grupo *ael* Pi y Margall), resulta que la infeliz no tiene en el mundo más hombres que velen su féretro que yo.

—¿Algún otro habrá?
—Si lo dices con *segunda*, *retrátate*, porque estás denigrando la memoria de una mujer más *honrá* que la Venus. En su casa no han *penetrao* en jamás, desde el día en que Manolo deshizo el *ñudo nuncial*, otros varones que yo y el carbonero.

—Quizás.
—Y yo entraba de cumplido; es decir, con equidad, porque aunque tengo franqueza *pa* *too* con *el Federal*, á su esposa la trataba por encima nada más.
—Dispensa si te ha hecho daño mi *ofesión*.

—¿No hablemos ya de este asunto!

—Bueno.
—Y ahora mencioname quiénes vais al Santo, si es que no tienes ningún aquí.

—¿Pues la mar!
¿Dices de señoras?

—¡Claro!
—Hombre, de señoras van: Rufina, la del *Cogollo*,



Ramona, la *Fracturá*, la *Fujitas*, Guadalupe, la oficiala de Pascual, la Inés y una chica nueva de aquí, de la vecindad, con *ca* ojazo y con *ca* forma que parece que está *hinchá* *talmente*. En fin, *cuasi* todas chicas *esperimentás* en asuntos de meriendas y que te saben llevar una broma de buen género. Porque sabes que las hay de esas que, en cuanto las pones una mano encima, van y se ofenden.

—Son las menos.
—Pero existen.

—En total, ¿cuántos vais de los dos *sesos*?
—Diez y siete.

—¿Y qué lleváis de alimentación?

—Seis libras de merluza *rebosá*, dos tortillas y un cabrito. El novio de la Pilar lleva también un pellejo.
—*¡Pa* *toos!*

—Hombre, es natural.
—¿Sabes una cosa?

—¿Cuál?
—Que *cuasi* estoy por bajar con vosotros.

—Gozarías *tus* porción, porque además

la madre de esa muchacha de aquí, de la vecindad, me ha dicho que, si queremos, que nos permite jugar con su chica, siempre y cuando que *haiga* cierta *urbanidá*; quiero decir buenas formas.
—Buenas formas las habrá. Lo malo aquí es la difunta, que la tengo que llevar esta tarde al Este, y no va á poder ser.

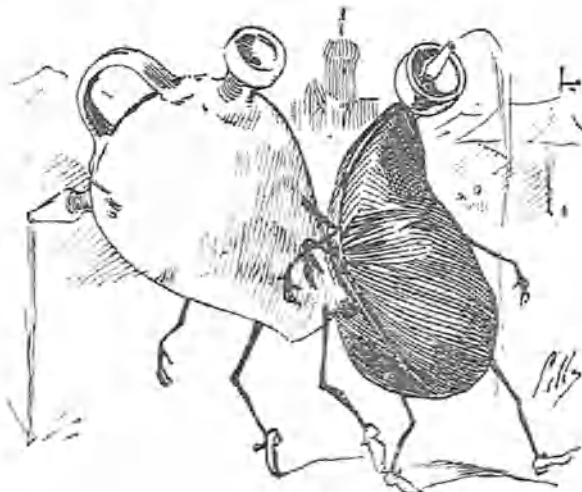
—Tu verás.

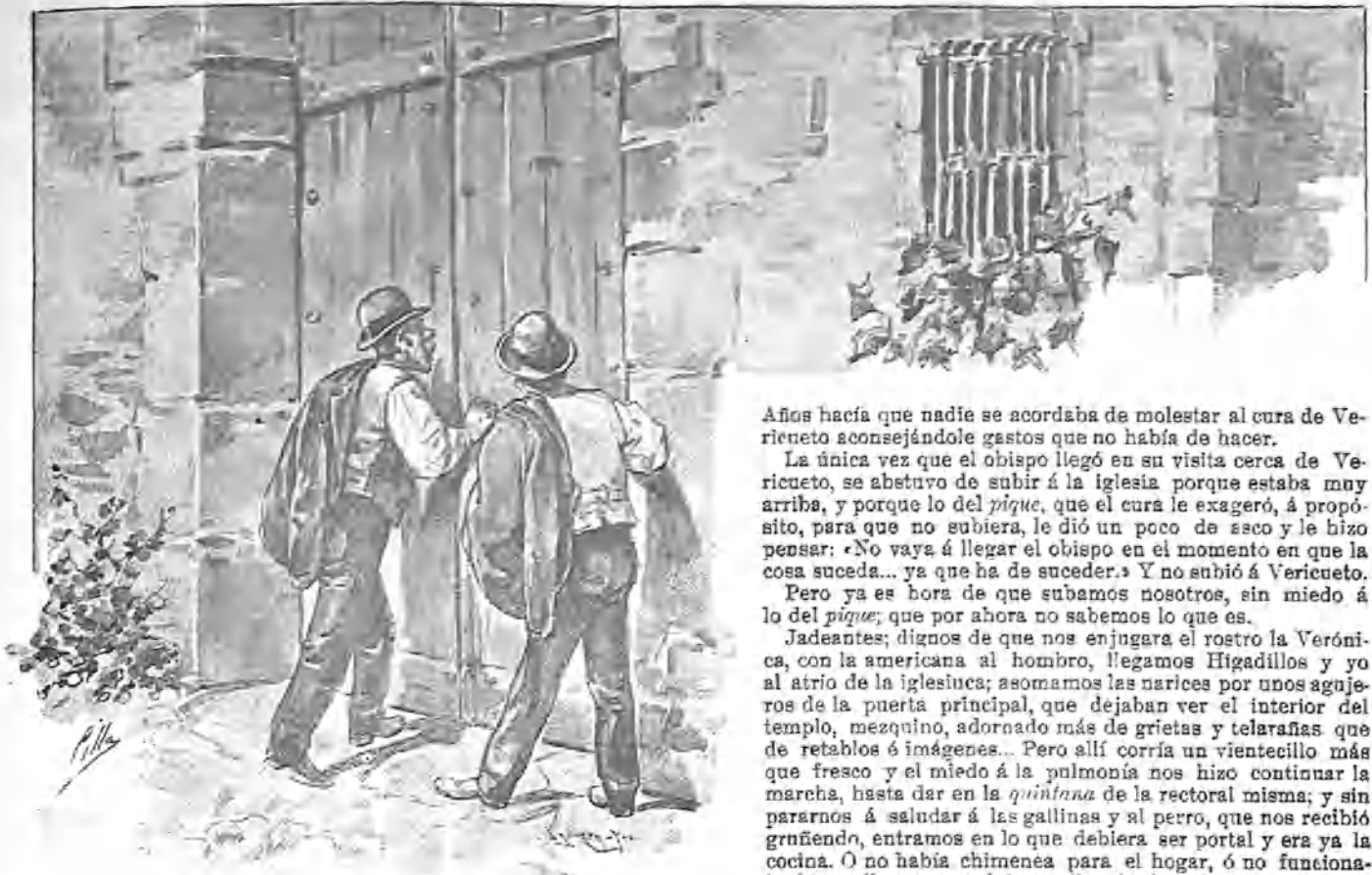
—Me la llevaré mañana; ¿no te *paese*?

—¿Mira, *Isaac*, no vaya á echarse á perder!
—No se *putrefastará*, porque la pongo esta noche donde haga fresco, y en paz.
—¿De modo que vas?

—*¡Pa* *chasco!*
—¿Á ver si luego no vas, y te esperamos y ensucias la combinación, *Isaac*?
—¿Qué cosas *tú*, Basiliso! ¿Conque sabiendo que va una chica nueva, quieres que me quede sin bajar?
—¡Oye, es que te advierto que esa no es ningún...

—Si te creerás que yo soy algún mocoso sin experiencia *ni* *na!* Yo he *tratao* á muchas damas y ya sé cómo hay que obrar!





El cura de Vericúeto.

(CONTINUACIÓN)

III

Vericúeto es una *bandada* de chozas pardas y algunas casuchas blancas esparcidas por la ladera aquella del Suaveces; parece que van al asalto de la cumbre, herruenco inmenso que amenaza desplomarse sobre la diseminada tropa y aplastar todas las viviendas que encuentre en su caída; á la cabeza del asalto, es decir, en lo más empinado del lugarejo, se ve un grupo de aquellas chozas, de las más humildes, de las más viejas, rodeando la iglesia parroquial, mezquina fábrica, una mala capilla cuadrada, fcs, prosaica, que hacen bien en ocultar casi por completo los corpulentos robles que la rodean, con hojarasca siempre gárrula y temblona, á poco, casi nada que sople la brisa. Si la iglesia estuviera blanqueada, como el obispo mandó muchas veces, la nieve de sus paredes brillaría entre las ramas verdes con hermoso contraste; pero no hay tal contraste, porque el cura aborrece los sepulcros—y la iglesia—blanqueados por fuera, y no quiere dar ganancias á los borrachos de los albañiles, blasfemos, quimeristas, jugadores... y volterianos, probablemente, aunque es claro que sin saberlo. Sin contar con que la mano de obra cuesta un sentido. Además, ¿qué se diría si el cura gastase dinero de la fábrica en pompas y vanidades, mientras no puede emplear un céntimo en lo otro, en lo del *pique*?

¿Qué es lo del *pique*? Ya se verá luego.

Más alta que la iglesia, más alta que todas las chozas del grupo, está la casa del señor cura, que para dar ejemplo de humildad, y de protesta contra la hipocresía, tampoco está blanqueada por fuera... ni por dentro; y se está cayendo á pedazos y deja que yedra y más yedra trepe por los costados y amenace comérsela y enterrarla.

Si alguien le dice al párroco, y hace ya mucho tiempo que nadie le dice nada que se refiera al presupuesto de gastos,—Señor cura, ¿por qué no reteja usted la rectoral?

—En un pesebre, contesta el cura, nació Nuestro Señor; en un portal, ó tal vez en una cueva, pero de seguro á teja vana.

—Pero, señor; que las paredes se están haciendo polvo...

—*Quia pulvis es...* Nosotros y las paredes de la rectoral somos de barro, y en cuanto hay sequía, naturalmente, volvemos al polvo.

Además, ¿había de gastar dinero en tejas y adornos de confitería para poner la rectoral como un castillo de terrones y bizcocho, mientras no se gasta un ochavo, á pesar del peligro inminente que amenaza á todos, en lo del *pique*?

Y sobre todo, concluía el cura: *Fiat jus et ruat cælum*—Cúmplase la ley, y húndase el cielo, y con él la rectoral.—Y la ley es: «que tu mano izquierda no gaste lo que gane la derecha.»

Pero repito que todas estas conversaciones ya estaban en desuso.

Años hacía que nadie se acordaba de molestar al cura de Vericúeto aconsejándole gastos que no había de hacer.

La única vez que el obispo llegó en su visita cerca de Vericúeto, se abstuvo de subir á la iglesia porque estaba muy arriba, y porque lo del *pique*, que el cura le exageró, á propósito, para que no subiera, le dió un poco de asco y le hizo pensar: «No vaya á llegar el obispo en el momento en que la cosa suceda... ya que ha de suceder.» Y no subió á Vericúeto.

Pero ya es hora de que subamos nosotros, sin miedo á lo del *pique*; que por ahora no sabemos lo que es.

Jadeantes; dignos de que nos enjugara el rostro la Verónica, con la americana al hombro, llegamos Higadillos y yo al atrio de la iglesia; asomamos las narices por unos agujeros de la puerta principal, que dejaban ver el interior del templo, mezquino, adornado más de grietas y telarañas que de retablos é imágenes... Pero allí corría un vientecillo más que fresco y el miedo á la pulmonía nos hizo continuar la marcha, hasta dar en la *quintana* de la rectoral misma; y sin pararnos á saludar á las gallinas y al perro, que nos recibía gruñendo, entramos en lo que debiera ser portal y era ya la cocina. O no había chimenea para el hogar, ó no funcionaba bien; ello era que el humo llenaba la estancia, y después de muchas idas y venidas salía por el tejado, metiéndose por donde podía.

La casa tenía planta baja y un piso; pero la parte de éste que estaba sobre la cocina hacía muchos años que se había deshecho, podrida la madera; se había inutilizado y á trechos se veía desde abajo el desván. El humo salía por allí á sus anchas; en la cocina no encontramos alma humana, pero sí de cerda, pues gruñendo también nos salieron al encuentro dos de la pira de Epicuro, como diría el párroco; pero no dos volterianos, sino dos de Teberga, con la oreja larga, dos que prometían para un próximo porvenir excelentes jamones dignos de la fama de su pueblo.

Al sentir que no cejábamos, los señores de la Cerda se acobardaron y corrieron hacia las habitaciones interiores, sirviéndonos, sin pensarlo, de guías, y anunciando nuestra presencia.

—¿Quién anda ahí?—gritó una voz áspera y perezosa allá dentro.

—Gente de paz—contestó Higadillos, disfrazando la suya.

—¿Ramonal? ¿No está ahí Ramona? ¿Qué pasa? ¿quién va?

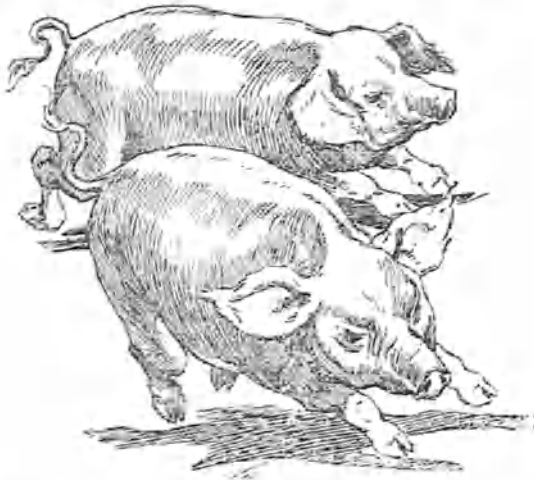
—¡Somos los hombres... del porvenir!...—cantó mi amigo con música de *La Marsellesa*.

—¡Ah, vays! Adelante... el Gran Oriente.

Pisando despacio, con cierto recelo ó respeto, no sé por qué, entramos en una sala estrecha, cuyo pavimento no se sabía de qué era, pues lo cubría capa empedernida de secular suciedad, aluvión de la desidia amasada con polvo, restos de todos los despojos é inmundicias. En la sala no había nadie más que los futuros *Ifigenios* del



mondongo, que al creerse acosados, parecían dispuestos á una defensa digna del más refractario jabalí.]
Higadillos y el que suscribe tuvimos miedo.



Pero la voz, que sonaba en una alcoba del fondo, rugió de esta suerte:

—¡Chin! ¡chin! ¡fuera chin! ¡Ramona, torna los gochos!—No se presentó aquella mitológica Ramona á tornar á los señores de la Cerda; pero ellos, á los gritos del amo (tal vez porque se llamaban chin los dos, siendo tocayos), huyeron por la puerta que dejamos franca con mil amores. La sala era, por lo visto, comedor y biblioteca y... bodega. A un lado había una mesa de castaño, de grandes alas dobladas; cerca de ella anaqueles de pino con platos y otros enseres de rudimentario menaje culinario; enfrente, en un estante, en forma de tríptico, toscos y sucios y viejos, algunas docenas de libros mezclados con botellas, unas lacradas y otras vacías. La leyenda de oro estaba custodiada por dos ejemplares de sidra de Cima embotellada, y en cuanto á Ferrone parecía que le llevaban preso dos corpulentos, y muy galoneados de oro y rojo, botellas de cognac, de cuello de cigüeña.



—¿Se puede, señor de la tribu de Levi?

—Ya he dicho que pase el Gran Oriente.

—Es que no vengo solo.

—Pues adelante con los faroles... de toda la masonería militante...

Higadillos levantó una cortina de percal verde, y yo, sin pasar del umbral, desde la puerta de la alcoba, que tenía luz propia, la de una gran ventana á Oriente, vi en una cama de nogal, ancha y recia, bajo una colcha de punto, blanca y limpia, un busto de clérigo, una camisa de buen hilo, de señor, fina y reluciente, pero sin tirilla, como si hubiera reventado por arriba para dejar libre la salida á un cuello de atleta, fuerte, sonrosado, de músculos fornidos; digno fuste de una cabeza que me recordó en seguida alguno de los grabados con que Doré ilustró los *Cuentos droláticos* de Balzac.

La impresión general que producía aquel rostro despertaba la imagen del tronco de una añosa encina... con verrugas. Era una gran masa de carne surcada por arrugas expresivas, regueros por donde corría la malicia que tenía sus manantiales en los ojos pe-

queños, agudos, picarescos, llenos de chispas que saltaban con las palabras. La cara del cura de Vericúeto no era un cliché de la fisonomía del avaro, era un misterio complicado en que no había de seguro más que la malicia, la astucia... y un no se sabía qué de bondad, de honradez latente arraigada en el espíritu. Recordaba una de esas grandes sátiras con que la Edad Media supo zaherir al clero sin lastimar á la Iglesia.

Clarín.

(Se continuará)



TERRENO VEDADO

De poeta, de músico y de loco dicen que tiene un poco todo el mundo.

¡Que vengan y me claven en la frente lo que este servidor tenga de músico!

¡A no ser que las artes no requieran tener algo de miga, algo profundo, y en tal caso, también en poesía Carulla será igual á Victor Hugo!

A llevar el compás de una habanera no hay que enseñar á nadie, no lo dudo, y hasta á hacer, afeitándose, polkitas propias de una zarzuela, de seguro. Pero... de ahí al arte hay muchas leguas y no las andan muchos.

Porque la inspiración no es una cosa que esté al alcance de cualquier besugo como yo, por ejemplo, que no tuve la dicha inmensa de salir del vulgo, y he visto muchas veces al respetable inteligente público con lo que yo creí que era *tabarra* relamerse de gusto.

Y, en cambio, hay ocasiones en que, arrobado en éxtasis, escucho cualquier composición que me parece magnífica expresión del genio oculto; se me mete en el alma, produciendo las emociones del placer más puro, gozo el arte divino con ansia, con deleite, con orgullo, y luego los maestros, los que entienden las leyes de armonía y contrapunto, me quitan la ilusión, y me demuestran que aquello es muy vulgar y muy oscuro.

No vale señalar, pero conozco cantos de orgía, que se aplauden mucho, y en mi opinión, y sin variar, podrían servir para un oficio de difuntos, y marchas fúnebres, tan hermosas que hasta pueden bailarse por lo chulo...

De modo que confieso humildemente que estoy á oscuras en tan grave asunto, y más me atasco cuanto más lo pienso y más me embrollo cuanto más lo estudio...

¡A no ser que haya en esto un embuste, aceptado por el mundo, que pasa de los unos á los otros y torna de los otros á los unos!

Sinesio Delgado.

ACTUALIDADES



—Vamos, que en tu pueblo también habrá mujeres tan guapas como yo...
—¡Qué! ¡Ni tan guapas, ni tan atrevidas!



—¿Piensas abonarte á las funciones de la Montbazón?
—Chico, no puedo menos.
—¿Por qué?
—Porque ya antes, en los últimos días, me miraba con una dureza...



—¿Ha visto usted qué horror!
—¿Cuál?
—Eso que ha pasado en el colegio de la Purísima Concepción.
—¡Ya, ya! ¡De buen humor estará á estas horas la Purísima!



Gangas que vamos á ofrecer á los forasteros ansiosos de placeres...

Los borregos.

Andaba suelto un rebaño de borregos que á sus anchas arrastraban por el campo las guedejas de su lana. Sin cuidados ni pastores horros y alegres triscaban, hasta que uno de ellos tuvo una idea desdichada; y era que, tomando dueño que los tuviera y cuidara, no pasarían al raso de invierno las noches largas. Un rabadán, al saberlo, corrió donde ellos estaban á decirles si querían vivir con él en su casa. Ellos lo pensaron mucho, tuvieron sesiones varias en las que no decidían absolutamente nada. En vano con elocuencia el rabadán predicaba, porque, como eran borregos, no entendían de palabras.

Sábelo un lobo vecino y de zagal se disfraza con objeto de llevarse con él toda la manada. Y con no poca sorpresa, á la siguiente mañana supo el rabadán que el lobo era el dueño de la taifa.
—Dígame usted, señor lobo— le preguntó,—¿con qué mañas logró lo que no pudieron mis elocuentes palabras?
—¿Que les ha dicho? que yo, con lógica firme y clara, aduje los argumentos que para el caso bastaban.
—Es usted un mentecato con su lógica y su charla, que para el caso no sirven absolutamente nada.
Y usted no ha considerado, con su gran saber, que para convencer á los borregos no hay más que darles alfalfa.

José Estremera.

CHISMES Y CUENTOS.

Ya la hemos tomado otra vez con los tranvías. Ahora se trata, como de costumbre, de que no vayan en cada coche más viajeros de los que el reglamento marca, de que se lleven echadas las cadenas en la plataforma y de... en fin, de que haya un disgusto cada cuarto de hora.

Los mayores tienen orden de parar y no pasar adelante mientras no se apeen las personas que sobren.

Y va á tener que ver algún coche detenido en la Puerta del Sol á las dos de la madrugada porque á un caballero no le parezca conveniente ir á pie á la calle de Lista, pongo por ejemplo.

Entre esto y la manía del Sr. Gobernador de medir con compás las funciones de los teatros, estamos como nos da la gana. Porque todo se vuelve molestar á los vecinos pacíficos en bien del orden.

Pero no hay que quejarse. Tenemos niñera y ama de cría gratis.

Y está haciendo falta un bando pegado á las esquinas que diga, sobre poco más ó menos:

«Aviso á las criaturas de pecho: De hoy en adelante... ¡no se llora ni se mama sin permiso de las autoridades competentes!»

Me llama tonto la gente porque mi novia es muy fea.
¡Cómo si yo la buscara para que disfruten de ella!

—Dame otro beso.

—No te lo mereces.

—Es que el que da primero da dos veces.

FEDERICO CANALEJAS.

Un anuncio curioso que se ha publicado en *El Correo de Calanovia*: «Un caballero de la villa de Bande gratifica con treinta duros al que le facilite una criada que tenga vergüenza.»

Va á ser difícil que se salga con la suya ese escrupuloso caballero de Bande.

Porque habrá muchísimas criadas que tengan vergüenza efectivamente, y que la pierdan en cuanto se enteren de lo de los treinta duros.

Llevaba anoche una flor en sus labios Leonor,
y al verla su novio Ernesto...
—¿Pidió la flor?

—No, señor: ¡lo que la pidió fué el tiesto!

De un paleta acompañada salió á paseo Enriqueta,
y como iba tan pintada la gente dijo admirada:
—El paleta, y la paleta.

Es tan bajo y regordete Don Segismundo Vallecas,
que cuando va con su esposa parece un cero á la izquierda.

PASCUAL MONTAGUT.

Leo:
 «Los conocidos timadores el *Pata de Paño* y el *Quiro...*»
 Pues señor, de ahí á llamarlos *reputados ó notables ó eminentes* no hay más que uno, dos y tres pasos...
 Pero ya los darán, si Dios quiere.
 Porque se conoce que están empezando la carrera.

*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Le fill de madame Angot. El cuento es inocente, y el diálogo en seguí dillas más inocente aún.

Sr. D. L. A. P.—Llegó su carta. Se hace el cambio y se remitirá el libro oportunamente.

Sr. James.—Pero ¿usted cree que yo no conozca ya el soneto ese? ¡Oh cándida pajarita de las nieves!

P. K.—¡Jesús! ¡Qué espantable aventura y qué flojito romance!
 ¿Abuso?—No, señor, usted no abusa nunca. Y se le complacerá en lo posible.

Sr. D. L. M. P.—Cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo escribe pensamientos.

P. Lusa.—La idea del primero es la misma que la de unos versos de Zúñiga publicados hace poco tiempo. Los demás son vulgarísimos.

Sr. D. J. S. M.—Que es lo que desgraciadamente les pasa á esos también.
 Rodajas.—Y á esos.

Sr. D. D. A.—Los dos muy medianos.
 Catacumbas.—Allí, allí debía usted meter todas esas cuartillas para que no las viera ningún nacido.

Un aficionado.—Ninguna de las dos puede entrar en turno. Tal es mi opinión humildísima.

Rap.—Pero ¿cómo quiere usted que me entretenga en dar explicaciones detalladas á todo el mundo? ¡Necesitaría un tomo de doscientas fojas cada semana.

Monipodio.—Sobre que el romance no está muy cuidadito que digamos, tampoco el asunto es una cosa del otro jueves.

Emilio.—Sirve para usted, de cabo á rabo, la contestación á *Monipodio*.
 Gaxtain.—Sí, se puede llamar soneto, pero al verso

«historia al mundo lanzaría sin cuento»

también se le puede llamar largo sin temor de condenarse por mentiroso.

El no pesares.—Versifica usted bien, pero... no me gusta poco ni mucho ese género de composiciones.

X.—Muy flojo el romance. Y aprovecho la ocasión para advertirle que *ordago* no es asonante en *ao*, á no ser que se suprima el esdrújulo.

Muthurruquer.—¡Dale, bola! Pero ¿no comprende usted que eso lo hace cualquiera divinamente?

Sr. D. E. P.—Resérvela usted para el álbum de ella.

Pata Chula.—«¡Oh! ahora que enfermo me siento y que se me debilita el sentido parece que suena en mi oído lo que anhela con fe el sentimiento.»

¿Verdad que esos no parecen versos á primera vista?

¡Pues no lo son efectivamente!

David.—Recíbida la que se admitió, firmada. La nueva no me parece oportuna. Además, casi no tiene gracia.

Sr. D. P. M.—A la primera pregunta le contestaré que lo ha prometido muchas veces y no lo cumple jamás, bien á pesar nuestro. A la segunda debo decirle que he examinado con atención los índices de todos los tomos de la segunda época, y ese nombre no parece por ninguna parte. Sin duda se ha confundido usted con cualquier otro periódico.

Estudiante.—¡Anda, salero!

¿De qué es usted estudiante?

¿De carretero?

*



COLECCIÓN
 DE
 COMPOSICIONES EN VERSO
 de
 JOSÉ LÓPEZ SILVA

con un prólogo de

D. Ricardo de la Vega.

Este libro, que ya está concluido á Dios gracias, se pondrá á la venta el lunes próximo en las principales librerías y en la Administración de este periódico.

Ese mismo día serviremos cuantos encargos de ejemplares se nos han hecho hasta la fecha.

Por si se han olvidado ustedes de las condiciones de venta, no estará de más repetir las.

Precio: 3 pesetas.

Á los libreros, corresponsales y suscritores del MADRID CÓMICO: 2 pesetas.

CHOCOLATES Y CAFÉS
 DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
 TAPIOCA, TÉS
 50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 DEPÓSITO GENERAL
 CALLE MAYOR, 18 Y 20
 MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
 COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
 MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.
 Teléfono 934.